

parece á los sonidos que retumban en los sepulcros y no despiertan á los muertos!

«No busqueis la salvacion de la verdad en un pretendido equilibrio de poderes. Este equilibrio es una quimera metafísica. ¿Qué nos importan esos contrapesos que hacen balancear la autoridad de la tiranía? La tiranía misma es la que debemos estirpar; el pueblo es el que debe ocupar el puesto de sus señores y tiranos! No me gusta que el pueblo romano se retire al monte Sacro; quiero que permanezca en Roma y arroje de allí á sus opresores. El pueblo no debe tener mas que un tribuno, y éste debe ser él mismo.»

Robespierre aludió en este discurso al nuevo salon del antiguo palacio de las Tullerías, á donde se habian trasladado la vispera las sesiones. Parecía que la república tomaba posesion definitiva del poder supremo, entrando con la Convencion en aquel palacio de donde la jornada del 10 de agosto habia expulsado la monarquía. El edificio entero se habia apropiado al nuevo destino que recibia, pues desde el salon de la Convencion hasta las salas de los ministros y grandes oficinas públicas, las Tullerías contenian todo el gobierno, constituyéndose en verdadero palacio del pueblo. Habianse dado nombres populares á los jardines, patios, pabellones y cuerpos de edificio que su vasto recinto encerraba; en todas partes habia sustituido la república los atributos del pueblo á los del rey, los símbolos de la libertad á los de la tiranía. El pabellon del Norte se llamaba de la Libertad, el del Mediodía de la Igualdad, el del Centro de la Unidad. El salon de la Convencion ocupaba todo el espacio comprendido entre el pabellon de la Unidad y el de la Libertad, subiéndose á él por la escalera principal. Las salas inferiores estaban ocupadas por los destacamentos de tropa que custodiaban á los diputados. Aquel salon de la Convencion, mas vasto y á propósito para las funciones de una asamblea soberana, habia sido decorado por el pin-

tór republicano David. Allí renacian en las formas, en la tribuna, en las estatuas, los recuerdos del foro romano. Era su aspecto magestuoso y austero, pero inspiraba al pueblo menos respeto que los salones improvisados de los Estados generales y de la Asamblea nacional; no era el salon del primer movimiento popular; no habia resonado en él como en el Juego de Pelota de Versalles el juramento de los tres órdenes; no habia oido, como el Picadero, la voz de Mirabeau.

XVI.

Entretanto se iban sucesivamente agravando los peligros de la república; la Vendée habia levantado la bandera contra-revolucionaria. Santerre se ponía al frente de los batallones parisienses que debian marchar allí para sofocar la guerra civil. Custine replegado sobre Landau, apenas cubria la línea del Rhin; Wurmser y el príncipe de Condé asediaban á Maguncia; Marsella, Burdeos, Tolon, Lyon y la Normandía estaban en fermentacion.

La clase media, los banqueros, los comerciantes, los literatos, los artistas, los propietarios, pertenecientes casi todos al partido que queria moderar y contener la anarquía, ofrecian á los oradores de la Gironda un ejército contra los arrabales. Ambos partidos, casi igualmente confiados en el triunfo, deseaban una jornada decisiva que los libertase de sus enemigos. Burdeos, por medio de un manifiesto amenazador dió á la Montaña y á la Gironda el medio de medir sus fuerzas en la sesion del 14 de mayo. «Legisladores, dijo el orador de Burdeos, la Gironda tiene la vista fija en los peligros de sus diputados; sabe que están destinadas á la muerte veinte y dos cabezas de representantes. ¡Convencion nacional y vos-

otros parisienses, salvad á los diputados del pueblo ó vamos á precipitarnos sobre París! La revolucion no es para nosotros la anarquía, la desorganizacion, el crimen, el asesinato. ¡Todos pereceremos antes que sufrir el reinado de los malvados y asesinos!»

La Asamblea escuchó con estremecimiento aquellas amenazas en que la Montaña reconoció la inspiracion de Guadet y Vergniaud. El presidente osó responder á los peticionarios en un lenguaje que parecia invocar vengadores para los girondinos proscriptos. «Id, les dijo, á tranquilizar á vuestros compatriotas; decidles que en París hay un gran número de ciudadanos que vigilan sobre los malvados pagados por Pitt para oprimir la Asamblea nacional! Si hoy quisieran elevarse nuevos tiranos sobre los escombros de la república, tomariais la iniciativa de la insurreccion, y la Francia indignada se levantaria con vosotros.»

Legendre se irritó contra una peticion incitada y mendigada por diputados pérfidos, que se quejaban de que se trataba de degollarlos, sin tener el mas leve rasguño que enseñar. «Ciudadanos, dijo Guadet, subo no á la tribuna para defender á los habitantes de Burdeos, porque no han menester de defensa. Si no enviáis al patíbulo ese puñado de asesinos que traman nuevos crímenes contra la representacion nacional, los departamentos caerán sobre París. — Mejor, dicen algunas voces en la Montaña, no deseamos otra cosa. — Ayer, continuó Guadet, se ha hecho en los Jacobinos la mocion de esterminarnos á todos antes de marchar á la Vendée, y esa peticion de asesinos fué cubierta de aplausos. Se habla de un desquiciamiento de la república. ¡Ah! ciertamente que París lo reconocerá bien pronto por sí mismo; es imposible que esto continúe así mucho tiempo. Los que quieren el desquiciamiento son los que tratan de disolver la Convencion entregando una parte de sus miembros al hierro homicida. ¿Creeis que los departamentos verán impune-

mente caer á sus diputados bajo el puñal? ¡Y aun se nos habla de enseñar de antemano nuestras heridas! Esto es precisamente lo que Catilina respondió á Ciceron. ¡Atentan contra vuestra vida, decia á los senadores, pero todos respirais! Pues bien. Ciceron y los senadores debian caer bajo el hierro asesino la misma noche en que aquel traidor les hablaba así.»

La Convencion vacilaba á cada nuevo debate; Isnard fué nombrado presidente por una gran mayoria, y esta eleccion redobló la confianza de la Gironda en sus fuerzas, siendo considerada por la Montaña como una declaracion de guerra, y hasta por los moderados como un desafío.

Isnard, hombre escesivo en todo, tenia en el carácter la fogosidad de su declamacion. Era la exageracion de la Gironda: uno de esos hombres reconocidos como gefes por las opiniones, cuando estas arrastradas á la temeridad por la temeridad, por la embriaguez del éxito ó del miedo, renuncian á la prudencia, esa salvacion de los partidos. Vergniaud, cuya moderacion rayaba en fuerza, vió con sentimiento aquella eleccion, porque conoció que el nombre de Isnard enviaria á la Montaña muchos hombres indecisos todavia. La sangre fria de Vergniaud dominaba siempre en sus mas elocuentes improvisaciones, y como conocia el poder de la razon en las masas, era siempre su entusiasmo hábil y meditado. Hubiera deseado formar entre los dos extremos de la Convencion una mayoria de sensatez y patriotismo que amortiguase los golpes que las dos grandes fracciones iban á darse.

Cada uno de los dias en que presidió Isnard se señaló con una borrasca y terminó en una catástrofe.

El primer dia, en la sesion del 9 de mayo, las secciones de París reclamaron que se pusiera en libertad á un tal Roux, preso arbitrariamente de órden del comité revolucionario de la seccion del Buen-Consejo. «Es la faccion de los hombres de Estado, exclamó Marat, que

quiere proteger en ese hombre á los contra-revolucionarios.—¿Somos una república libre ó un despotismo popular? le respondió Mazuyer. ¡Cómo podrá arrancarse en medio de la noche sin sentencia ni auto de prision á un ciudadano de sus hogares y lo consentiremos!» Se acude á la petición de las secciones. Legendre se levanta pidiendo que la votacion sea nominal para que el pueblo conozca los nombres de los que protegen á los conspiradores, y en esta pretension le secundan cincuenta miembros de la Montaña. El presidente se opone á ello é interrumpe la sesion cubriéndose. Se pasan dos horas en tumultuosa agitacion, sin poder acallar los gritos de la Montaña y de las tribunas. Vergoiaud pide que se levante la sesion y se envíe acta de ella á los departamentos; Couthon, el segundo de Robespierre, quiere hablar desde su asiento, manifestando que la enfermedad que paraliza sus piernas le impide subir á la tribuna; pero los girondinos no le hacen caso ni atienden á su dolencia. Entonces el diputado Maure, hombre de fuerzas atléticas, toma á Couthon en sus brazos y lo lleva á la tribuna. Los espectadores aplauden. «Me dicen que soy un anarquista y que he puesto á mi departamento en conflagracion, esclama Couthon. ¡Ah! si los que aqui son los autores únicos de los disturbios que os agitan fuesen tan puros y sinceros como yo, vendrian ahora mismo á esta tribuna á provocar el juicio de su departamento, dando conmigo su dimision.» Couthon es llevado á su banco en medio de aplausos.

Mudo é inmóvil por largo tiempo Vergoiaud, se levanta, restablece los hechos y demuestra que el individuo en cuestion ha sido preso contra todas las leyes. «En cuanto á la doctrina de Couthon sobre las mayorías y minorías, añade Vergoiaud, está equivocado. Por lo demas, yo no reconozco mayoría permanente: esta se halla en donde reina la razon y la verdad: no tiene asiento á la derecha ni á la izquierda, pero en cualquiera parte

que exista es un crimen revelarse contra ella. Couthon dice: Supongamos una mayoría perversa, suposicion al menos tan verosímil como esta: supongamos una minoría ambiciosa de poder, de dominacion, de despojos: supongamos que quiera fundar su poder en el desorden de la anarquía, ¿no es evidente que si la mayoría no tiene un medio de salvar la libertad de la opresion podrá llegarse de minoría en minoría de los decemviro á los triumviros y quizá á un rey? Couthon pide que los que sean sospechosos de haber sido causa de nuestras disensiones den su dimision. Ciudadanos, nuestros juramentos y los peligros de la patria nos encadenan á nuestro puesto. Los que se retirasen para eludir las sospechas de los calumniadores serian unos cobardes.» La noche viene á interrumpir la borrasca.

En la sesion siguiente, comenzó de nuevo. La Montaña persistió con sus clamores en reclamar el derecho que tenia la minoría de pedir la votacion nominal de todas las cuestiones. «Cuando se quiso disolver en Inglaterra el parlamento, dice Guadet, se pusieron en planta los mismos medios; se incitó á la minoría contra la mayoría para hacer reinar al menor número sobre el mayor. ¿Sabéis lo que sucedió? La minoría en efecto, halló medio de oprimir á la mayoría. Llamó en auxilio suyo á los *patriotas por excelencia* (asi se calificaban) y á una multitud estraviada, á la cual se ofrecia la rapiña y reparticion de las tierras. El carnicero Príde (alusion á Legendre), ejecutó en su nombre aquella purificacion del parlamento. Fueron espulsados ciento cincuenta miembros, y la minoría, compuesta de sesenta patriotas, quedó dueña del gobierno. Estos *patriotas por excelencia*, instrumentos de Cromwell, fueron espulsados á su vez por él, sirviendo sus propios crímenes de pretexto al usurpador. Entró éste un dia en el parlamento, y dirigiéndose á los pretendidos salvadores de la patria:—¡Tú, dijo al uno, eres un ladron! ¡Tú, dijo á otro, eres un borracho! ¡Tú,

has engordado con los caudales públicos. Tú no haces mas que frecuentar lugares sospechosos! ¡Marchaos! Ceded los puestos á los hombres de bien. ¡Se fueron y Cromwell reinó! ¡Ciudadanos! meditaadlo: ¿no es el último acto de la historia de Inglaterra el que se nos quiere hacer representar en este momento?»

XVII.

Un tumulto de mugeres interrumpió desde la tribuna á Guadet. Marat señaló con el ademán á un escritor del partido moderado, llamado Bonneville, que asistia á la sesión. «Es un aristócrata infame, es el instrumento de Fauchet,» exclamó:—«Esta denuncia de Marat es un asesinato, responde Lanthenas, amigo de madama Roland. Tú eres, añadió enseñando el puño á Marat, el aristócrata, porque no cesas de incitar á la contra-revolucion, preconizando el asesinato y la rapiña.—¡Ciudadanos, dijo con voz conmovida y solemne el presidente Isnard, lo que está pasando aquí me abre los ojos! Pueblo, legisladores, escuchad: estos tumultos pagados son un plan de la aristocracia, de Inglaterra, del Austria, de Pitt. (Murmillos). Solo los enemigos de la patria pueden interrumpirme. ¡Ah! ¡si pudiérais abrir mi corazón veriais en él mi amor por la patria! ¡Y aunque debiera ser sacrificado en este sillón, mi postrer suspiro seria para ella, y mis últimas palabras, Dios mio, perdona á mis asesinos, pero salva la libertad de mi pais! Nuestros enemigos, no pudiendo vencernos por sí mismos, proyectan la insurreccion del pueblo; el movimiento debe empezar por las mugeres. Se quiere disolver la Convencion. Los ingleses se aprovecharán por ello de las circunstancias y la contra-revolucion quedará hecha. Ese es el proyecto, segun me lo han revelado esta mañana y lo veo confirmado por

esas agitaciones; debia declararlo á mi pais y lo he hecho. Ahora que he tranquilizado mi conciencia espero los sucesos.»

La Asamblea casi en su totalidad aplaude esta insinuacion contra los promovedores de disturbios. Vergniaud pide que la declaracion de Isnard se imprima y fije en París. «Declaremos, esclama Meaulde, que no nos abandonaremos y que moriremos juntos.—Si, si, responde la Convencion entera.» Gamon, uno de los inspectores del salon, declara que el comité encargado de la vigilancia de las tribunas, advertido de los desórdenes que en ellas escitaban las mugeres, ha hecho prender á algunas y las ha interrogado.

Guadet se aprovecha del movimiento y de la indignacion: «Mientras que los virtuosos se lamentan de los peligros de la patria, los malvados se agitan para perderla.—Dejad hablar, decia César y yo obraré.» Guadet refiere á la Asamblea los planes para disolver la Convencion, las reuniones de los conspiradores en la municipalidad, en el Arzobispado y en los Jacobinos, las amenazas de asesinato proferidas contra los brisotinós, rolandistas y moderados; en fin, el tumulto escitado por las mugeres en las tribunas, para dar el pretesto y la señal del degüello. «¿Hasta cuándo dormireis, ciudadanos, en el borde del abismo? Apresuraos á burlar las tramas que por todos lados os cercan. Hasta ahora han quedado impunes los conjurados del 10 de marzo. El mal está en la anarquía, en esta especie de insurreccion de las autoridades de París contra la Convencion, autoridades anárquicas que es preciso...» El furor de las tribunas llenas de agentes municipales, no deja oír las últimas palabras de Guadet. La Montaña prorrumpe en invectivas y se agita en ademanes de rabia. El impasible Guadet, lee en medio de un profundo silencio, los tres proyectos de decretos premeditados por los girondinos para atacar de frente la municipalidad y reconquistar el imperio de

la ley: «Las autoridades de París quedan destituidas; la municipalidad será reemplazada en veinte y cuatro horas por los presidentes de las secciones.—Por último, los suplentes de la asamblea se reunirán en Bourges para formar una Asamblea nacional libre de las violencias de París y para concentrar el poder de la república así que llegue á su noticia un atentado contra la libertad de la Convencion.»

XVIII.

Apenas se hubieron leído estos decretos, esclama Collot de Herbois: «Esa es la conspiracion descubierta por sus mismos autores.» Barrere, el hombre de los papeles dobles, toma la palabra como relator del comité de salud pública. «Es cierto, dice, que existe un plan de movimiento en los departamentos para perder la república; pero es la obra de la aristocracia. Es cierto que Chaumette y Hebert han aeogido en la municipalidad proyectos de disolver la Convencion. Es cierto que unos ochenta electores reunidos en el Arzobispado han ventilado medios de purificar la Asamblea nacional, y de ello hemos dado parte al alcalde de París, Pache. Es cierto tambien que algunos hombres reunidos en cierto lugar deliberan sobre los medios de cercenar veinte y dos cabezas de la Convencion, valiéndose para ello de mugeres. No hay duda que esto merece llamar vuestra atencion, y exige vuestra vigilancia.» La derecha aplaude, pero Barrere, volviéndose al punto hácia la Montaña, remedia con una mano los golpes que acababa de darle con la otra: «¿Pero qué os propone Guadet? añade: ¿destituir las autoridades de París! Si yo quisiera la anarquia apoyaria esta proposicion. (La Montaña aplaude). Me habeis puesto en el caso de ver de cerca á esas autoridades y ¿qué es lo

que he hallado? Un departamento débil y pusilánime, secciones independientes rigiéndose por si mismas como otras tantas municipalidades; un consejo general de la municipalidad en el cual se encuentra un hombre llama-Chaumette, cuyo civismo no conozco, pero que ha sido fraile; he visto á una municipalidad interpretando y ejecutando las leyes segun sus caprichos, y organizando un ejército revolucionario. ¿Qué remedio reclama este estado de cosas? El comité no ve otro que el de la creacion de una comision de doce miembros escogidos entre vosotros y encargados de tomar las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad pública y examinar los actos de la municipalidad.»

XIX.

Estas ambiguas palabras calmaron la tempestad, aplazando en apariencia las proposiciones de Guadet, pero dejando á los girondinos la certidumbre de triunfar, eligiendo á los doce comisionados entre los miembros de su partido. Como por lo regular sucede en circunstancias apuradas, la eleccion de los girondinos no recayó en los hombres moderados, como Vergniaud, Ducós, Condorcet. Los miembros de la comision de los Doce fueron Boileau, Lahosdiniere, Vigée, Boyer-Fonfrede, Rabaut-Saint-Etienne, Kervelegan, Saint-Martin-Valogne, Gomaire, Henri-Lariviere, Bergoing, Gardien y Mollevault. La sospecha del realismo recaia sobre la mayor parte de estos nombres, en sentir de la Montaña y del pueblo. Era el personal de un golpe de Estado. La comision de los Doce lo intentaba en efecto, pero carecia de fuerza.

No bien se supo en París esta victoria de los girondinos en la Convencion, cuando de todas las secciones y de todos los clubs se levantó un grito de alarma. La muni-

cipalidad se reunió el 19, deliberándose en ella las medidas mas estremadas. Se declaró á la Convencion avasallada é incapaz de salvar la patria; se propuso la prision de los sospechosos; se pidieron las veinte y dos cabezas de los girondinos dominadores de la Convencion; hubo osadía para presentar el asesinato nocturno y el homicidio individual de los veinte y dos tiranos como un acto legal, de urgencia y de salvacion pública. Un orador citó como ejemplo la jornada de San Bartolomé. «¡A media noche, dijo, Coligny estaba en la córte, á la una ya no existía!» Se separaron sin haber decidido otra cosa que la resolucíon de la venganza.

XX

El corregidor Pache, interpuesto entre la ley y el pueblo, para engañar á la una y adular al otro, cumplía con doblez este papel de magistrado y de faccioso. Combatía en alta voz las medidas escesivas que protegía bajo cuerda. Colocado por su temible cargo entre la Convencion y París, era á la vez agente de la una é instigador del otro. Guadet, pidiendo la destitucíon de Pache, habia herido el corazon de la anarquía, pero la comision de los Doce no podia hacer otra cosa que burlar sus tramas sin descubrirlas.

Pache vituperó en alta voz é instigó por lo bajo. Robespierre se contentó con lastimarse en los Jacobinos. En los Franciscanos, Marat, Varlet, y hasta las mugeres pidieron la muerte de los veinte y dos tiranos. La multitud que se acumulaba todas las noches en el recinto é inmediaciones del club, parecia dispuesta á moverse.

Instruida la comision de los Doce hora por hora de lo que ocurría en los clubs, y del estado de los ánimos, buscaba para destruir con un solo golpe el espíritu de in-

surreccíon, medios de fuerza que se desvanecían en su mano. Pedía al corregidor Pache informe sobre informe, y preparaba por sí misma el que habia de dar á la Convencion para obligarla al valor por medio del terror. Pero en circunstancias semejantes, los cuerpos deliberantes, tímidos é indecisos por su naturaleza, quieren que se les preste fuerza y no se les pida. Es necesario presentarse á ellos despues del triunfo y lo sancionan siempre. Antes ó durante el combate, no sirven mas que para desconcertar la victoria.

XXI.

Vigée, en nombre de la comision de los Doce, leyó el informe á la Asamblea el 24. Cada palabra era una señal de alarma que llamaba á la Convencion en auxilio de sus miembros.

«Habeis instituido una comision extraordinaria, decia el relator, invistiéndola con grandes poderes. Habeis conocido que era la última tabla arrojada en medio de la tempestad para salvar la patria. (Comienzan al oír esto las risas burlonas de la Montaña.) En su consecuencia, prosigue Vigée, hemos jurado salvar la libertad ó sepultarnos con ella. Desde los primeros pasos hemos descubierto una trama horrorosa contra la república y contra vuestra vida. Algunos dias mas tarde, la república estaba perdida y ya no existiera. (Creecen las risas en la Montaña.) Si no probamos lo que decimos, ofrecemos nuestras cabezas al patíbulo...» El centro y la derecha aplauden. Entonces el relator lee una série de medidas de policia mas bien que de política, rigurosas en apariencia, impotentes en realidad. «La Convencion pone bajo su salvaguardia á los buenos ciudadanos, á la representacion nacional y á la ciudad de París.—Los ciudadanos tendrán la obligacion de presentarse con exactitud al punto de reunion de sus compa-

ñas.—La guardia de la Convencion será reforzada con algunos hombres.—Las asambleas de las secciones se cerrarán á las diez de la noche.—La Convencion, en fin, encarga á la comision de los Doce que le presente inmediatamente grandes medidas para asegurar la tranquilidad pública.»

XXII.

Tales eran aquellas disposiciones: pueriles si el peligro era extremo; opresivas y vejatorias si el riesgo no existía. Era provocar sin combatir, amenazar sin herir. Los girondinos sabian muy bien que no habia, á escepcion de Marat, ni Cromwell ni conspiracion de asesinato en la Convencion; que Danton y Robespierre se manifestaban agenos á las maquinaciones subalternas de Pache, Chaumette y Hebert en la municipalidad, y á las tramas del club del Arzobispado; pero querian, como todos los paridos, trasformar las sospechas en crímenes, y arrojar sobre sus enemigos de la Convencion, el horror público inspirado á los buenos ciudadanos por los proyectos de los malvados. No bien hubo acabado de hablar Vigée, cuando Marat pidió que se motivaran aquellas medidas, fundadas decia, sobre temores quiméricos y en una fábula aérea; declaró que no conocia otra conspiracion en Francia que la que se tramaba en los conciliábulos de los hombres de Estado reunidos en casa de Valace: «Quiero que se nos ilustre, dijo Thirion. Los unos nos dicen que existe una faccion de anarquistas, y Marat acusa á otra de hombres de Estado. Temo que estos quieran vengarse en nosotros y formar el proceso á la revolucion del 10 de agosto, así como antes de este dia quiso formarse tambien el de la primera revolucion. ¿Dónde están los crímenes? ¿Quiénes son los culpables?»

La asamblea estaba indecisa. Un miembro de la Montaña declaró, que un ciudadano habia venido á revelar haberse dicho por un miembro de la comision de los Doce, que antes de quince dias serian esterminados todos los jacobinos. «Y á mí, replicó Vergniaud, me escriben de diferentes puntos de la república, que algunos emisarios hacen correr la voz de que mis colegas y yo habremos dejado de existir antes de pocos instantes.» Siendo desmentida por la Montaña la asercion de Vergniaud, Boyer-Fonfrede, de antemano designado por sus amigos de la comision de los Doce para apoyar el informe y obtener el decreto, se lanza á la tribuna.

XXIII.

«¿Dónde estamos, ciudadanos? dice. ¿Habeis perdido la memoria desde ayer? ¿No habeis decretado hace poco que las secciones de París que vinieron á denunciar el peligro merecieron bien de la patria? ¿El mismo corregidor de París, no os ha denunciado esos individuos que no tienen de hombres mas que la figura, y han tratado de degollarnos? ¿No teneis la mesa cubierta y las manos llenas de tales denuncias? ¿Y no se nos quiere permitir que atendamos á la seguridad de los ciudadanos de París y á la vuestra? ¿Los que á ello se oponen, no temen verse ofrecidos á la Francia indignada, manchados con la sangre de sus colegas? Dicen que nuestro decreto calumnia á París, ¿pero no son los ciudadanos de París los que pedimos os rodeen? ¿No son los ciudadanos de París los que queremos armar contra los malvados? ¿Nuestras conspiraciones no son mas que una quimera, dicen Marat y Thirion! ¡Ciudadanos! los que han sido destinados á la muerte, se consagran por sí mismos á la inculpacion de la calumnia. Vigilarán sobre vosotros, así como vosotros de-

beis vigilar por la libertad; respiran aun y es para ella. ¡Salvad á París! ¡salvad la república! ¡Ved nuestros departamentos! ¡Están en pie; están armados! ¡La república está disuelta, si sois los únicos en Francia que carezcáis de valor! ¡Si, en caso de perecer los colegas que tanto he apreciado, no quiero sobrevivirles! El dia mismo en que se cometa semejante atentado, proclamaré desde esta tribuna un desquiciamiento funesto, aborrecido hasta el dia, fatal á todos quizá, pero hecho necesario por la violacion de lo que hay de mas sagrado en la tierra. Si, le proclamaré; los departamentos no estarán sordos á mi voz, y la libertad hallará aun algun asilo.» Esta alusion desesperada de la federacion de los departamentos contra París, arranca aplausos de las tres cuartas partes del salon. «¡Ciudadanos! continúa Fonfrede, á quien el interés por sus amigos parece elevar sobre el piso de la tribuna, ¡cuán bien acompañados se exalarán los manes de nuestros colegas proscriptos! ¡Las listas de proscripcion estaban hechas! ¡Diez mil ciudadanos de París debian ser encarcelados y degollados! ¡Ciudadanos de París, la causa de los representantes es la vuestra! ¡Despertad! ¡Protegeos á vosotros mismos!»

XXIV.

La asamblea, arrastrada por este torrente de elocuencia y de valor, se disponia á votar el artículo primero, cuando Danton, encubriendo bajo una fingida imparcialidad la indecision que le agita, sube con lentitud las gradas de la tribuna. Negar los peligros en que se encuentra la representacion es imposible; sostener á los girondinos es despopularizarse; perderlos es entregar la dictadura á Robespierre, á quien teme, ó á Marat, á quien desprecia.

«Ese artículo, dice, nada tiene en sí de malo, porque no hay duda que la representacion nacional necesita estar bajo la salvaguardia de la nacion, pero eso se halla escrito en todas las leyes. ¡Decretar lo que se os propone seria decretar el miedo! ¡Puede acaso anunciar la Convencion nacional á la república que se deja dominar por el miedo? Se ha calumniado á París. Pache, á quien acusais de no haber venido á dar cuenta, ha informado al comité de salud pública. Las leyes bastan; guardaos de ceder al temor, y no nos dejemos arrastrar por las pasiones. Temamos por el contrario que despues de haberse creado una comision para descubrir las tramas que se urden en París, se nos venga á pedir la creacion de otra para averiguar los crímenes de los que estravian los ánimos en los departamentos.»

XXV.

Calla Danton, y Vergniaud se levanta diciendo: «No hablaré con menos sangre fria que Danton, porque estoy personalmente interesado en la conspiracion, y quiero convencer á los que proyectan asesinar me de que no los temo. Danton os dice que nos esponemos á calumniar á París dando crédito á estas tramas. Si esta imputacion de calumniar á París se dirige á la Convencion en masa, ¡es una impostura! Si solo se entiende de los que como nosotros no han cesado de repetir que es preciso distinguir á los ciudadanos de París de una turba de asesinos que se agitan por las calles de esta inmensa ciudad; que solo esta turba es culpable de los crímenes que han manchado la revolucion, condoliéndose de ello los buenos ciudadanos, París ha sido calumniado, si, pero ¿por quién? ¡Por los perversos que para asegurarse la impunidad de

sus crímenes tienen la audacia de confundirse con el pueblo!

«Danton os dice: No manifestéis un espanto indigno de vosotros. ¡Distingamos, ciudadanos! Como hombres no debemos pensar en nuestra vida; pero como representantes debéis á la patria, amenazada en vosotros, precauciones extraordinarias. Os propone que obreis con moderación, porque se trata de vuestra seguridad personal, y yo respondo que por eso mismo debe obrarse con prontitud y vigor. Si por vuestro valor no disipais los peligros que os rodean, si no asegurais, no solo vuestra vida sino también vuestra independencia, vendéis la patria, entregais el pueblo, y perdeis la unidad de la república! ¡No es el que se defiende contra un asesino quien tiene miedo; no es el que castiga el crimen el que teme, sino quien le deja triunfar y reinar!» Vergniaud justifica despues, artículo por artículo, el proyecto de decreto, y continúa: «Ciudadanos, recordad lo que una de las secciones fieles os ha dicho en la barra: *¡Atreveos á ser terribles ó sois perdidos!* ¡Atreveos á atacar de frente á vuestros enemigos y los vereis hundirse en el polvo! ¿Quereis cobardemente esperar que vengan á hundiros el cuchillo en el pecho? Proclamadlo en alta voz: ninguno de vosotros morirá sin venganza. Nuestros departamentos están en pie. No hay duda que la libertad sobreviviría á nuevas tormentas; pero podría suceder muy bien que fuese á buscar ensangrentada un asilo en los departamentos meridionales. Salvad con vuestra firmeza la unidad de la república, y si no teneis el valor de hacerlo, abdicad vuestras funciones, y pedid á la Francia sucesores mas dignos de su confianza.»

XXVI.

Electrizada la asamblea por estas palabras, vota el decreto propuesto por la comisión de los Doce.

Los girondinos se apresuraron á servirse de las armas que acababan de obtener. A las nueve de la noche, Hebert, uno de los sustitutos de la municipalidad, recibió la orden de comparecer ante la comisión. El consejo de la municipalidad estaba en sesión permanente; Hebert acude allí antes de obedecer á la Convención con el intento de escitar la indignación contra la nueva tiranía. Recuerda á sus cómplices el juramento que han prestado de confundir su causa y considerarse todos como heridos en la persona de uno solo de ellos; declara que no evoca este recuerdo por lo que á él toca, por cuanto está dispuesto á marchar al patíbulo. Sale, vuelve á entrar y abraza á Chaumette, como un hombre que va á la muerte. El presidente y los miembros del consejo estrechan á Hebert en sus brazos. Chaumette anuncia pocos momentos despues que Michel y Marino, administradores de policía, acaban de ser presos por orden de la comisión de los Doce. El consejo intimidado vacila entre la consternación y la rebelión. Sucédense unas á otras en la casa municipal las diputaciones de las secciones, que vienen á fraternizar con la municipalidad, jurando vengarse en sus enemigos. El consejo envia, hora por hora, diputaciones á la comisión de los Doce, para informarse de la suerte de Hebert y sus colegas. A las doce de la noche se anuncia que Hebert ha sido interrogado; á las dos que ha terminado su declaración; á las tres que ha sido preso Varlet, uno de los oradores mas fogosos de los Franciscanos; á las cuatro se levanta un grito de indignación al saberse la prisión definitiva de Hebert, á quien la comisión de los Doce habia hecho conducir á la Abadía.

Los periódicos del día siguiente esparcieron por todo París el grito de venganza dado por la municipalidad. Publicaron una carta de Vergniaud á sus conciudadanos de la Gironda, fechada en *París, bajo la cuchilla*. «Os escribí ayer, decía Vergniaud, con el corazón lastimado, no por los riesgos que arrostro, sino por vuestro silencio.

Aguardo á mis enemigos y tengo aun la seguridad de hacerlos palidecer. Dicen que hoy ó mañana es cuando deben venir á solicitar que se les saque con sangre de la Convencion nacional; pero dudo que tengan esta osadía, si bien el terror ha entregado las secciones á un puñado de facinerosos. Estad dispuestos, porque si me obligan á ello, os llamo desde la tribuna para que vengais á defendernos, si es tiempo aun, ó para que vengueis la libertad, esterminando los tiranos ¡Girondinos, no hay un momento que perder!....»

XXVII.

La publicacion de esta carta, las deliberaciones de las secciones, las funestas noticias llegadas por la noche de la Vendée y de las fronteras, las maniobras de Pache, la exasperacion de los Jacobinos, de los Franciscanos y de la municipalidad, exaltaron hasta el estremo el frenesi popular. El ayuntamiento decidió que se presentase una peticion á la Convencion, exigiendo el inmediato juicio de Hebert. Esta peticion, que pasó de unas secciones á otras, dió márgen á los mas encarnizados debates, firmándose en estas, rasgándose en aquellas; pero la mayoría se adhirió á ella y jura acompañar á los ciudadanos que tengan valor para llevarla á la barra. La comitiva se aumenta en el camino por esa turba inmensa, arrastrada siempre por la corriente de una pública agitacion. Los peticionarios son introducidos en la barra, en corto número. Isnard estaba presidiendo, y en su actitud brillaba toda la resolucion de su partido, pareciendo que su fogosidad de carácter era contenida por la dignidad de su cargo de presidente. Fijaba en los peticionarios la mirada de Ciceron sobre Catilina, cuando meditaba su inmortal discurso contra el conspirador romano; parecia

que estaba esperando la sedicion en las palabras para aterrorizarla en nombre de la ley.

Al oír las primeras palabras del orador de la diputacion, empezaron á levantarse murmullos en la derecha. Danton reclamando enérgicamente el silencio, afecta cubrir á los peticionarios con su proteccion. Venimos, dice el orador de la municipalidad, á denunciarnos el atentado cometido en la persona de Hebert.

Los girondinos se indignan al escuchar la palabra atentado.

«Si, prosigue el orador, Hebert ha sido arrancado del ayuntamiento y conducido á los calabozos de la Abadía. El consejo general defenderá la inocencia hasta la muerte; pedimos que nos sea devuelto. Las prisiones arbitrarias son para los hombres de bien coronas cívicas.» Las tribunas y la Montaña prurupen en aplausos. Isnard se levanta y les contiene con un ademán imperioso. «Magistrados del pueblo, dice á los peticionarios, la Convencion que ha hecho una declaracion de los derechos del hombre, no consentirá que un ciudadano esté ahorrado si no es culpable. Creed que obtendreis una justicia pronta, pero escuchad tambien vosotros las verdades que voy á deciros. La Francia ha puesto en París el depósito de la representacion nacional y París debe respetarlo. Si por ventura se envileciese á la Convencion; si acaso una de esas insurrecciones que desde el 10 de marzo se renuevan sin cesar, y de que vuestros magistrados, añade aludiendo á Pache, nunca han advertido á la Convencion...» En la Montaña se oyen violentos murmullos: la Llanura aplaude.

Isnard impasible continúa: «Si por estas insurrecciones siempre nacientes, aconteciera que se vulnerase la representacion nacional, os lo declaro en nombre de la Francia entera...—No, no, no,» esclama la Montaña.... Lo restante de la Asamblea se levanta para sostener al presidente, y trescientos miembros esclaman á la vez:

«Si, si, si, decid en nombre de la Francia entera.—Si, os lo declaro en nombre de la Francia entera, prosigue Isnard, París sería anonadado....» Estas últimas palabras quedan al punto envueltas por las imprecaciones de la Montaña y por las rechiflas y pataleos de las tribunas. Los girondinos y sus amigos apoyan las amenazas del presidente, repitiéndolas con el brazo estendido como para un juramento. «Bajad del sillón, vocifera Marat, estais deshonrando á la Asamblea y protegiendo á los hombres de Estado.» El presidente, sin mirar á Marat, concluye su frase. «Y presto se buscaría por las márgenes del Sena si París había existido.» Danton se levanta como si hubiera oído una blasfemia, y pide la palabra. Isnard continúa. «La espada de la ley que aun destila la sangre del tirano, está pronta á caer sobre la cabeza del que osare sobreponerse á la representación nacional.»

XXVIII.

Isnard vuelve á sentarse y le sucede Danton, «Bastante y por sobrado tiempo se ha calumniado á París en masa. ¿Qué significa esa imprecación del presidente contra París? Es bastante extraño que se nos presente la devastación de París por los departamentos, si esta ciudad se hiciese culpable....—Si, si, le responden los girondinos, lo harían.—Tambien yo soy entendido en figuras oratorias, replica Danton. Hay en la respuesta del presidente un sentimiento de amargura. ¿Por qué suponer que se buscará un día en las márgenes del Sena si París ha existido? Lejos de la boca de un presidente de la Convención tales sentimientos. Solo le incumbe presentar imágenes consoladoras. Bueno es que la república sepa que nunca París se apartará de sus principios, que des-

pues de haber destruido el trono de un tirano, no lo volverá á levantar para hacer sentar en él á otro déspota. Si en el partido que sirve al pueblo hay culpables, el pueblo sabrá castigarlos. Pero atended á esta gran verdad, si fuera menester escoger entre dos escesos, valdria mas arrojarse hácia el de la libertad que retroceder á la esclavitud. Hace algun tiempo que están oprimidos los patriotas en las secciones; conozco la insolencia de los enemigos del pueblo, y no gozarán mucho tiempo de su ventaja; porque el pueblo desengañado los anonadará. Entre los buenos ciudadanos los hay demasiado impetuosos, pero ¿por qué hemos de achacarles á crimen la energía que emplean en servir al pueblo? Si no hubiesen existido hombres fogosos, no hubiera habido revolución. No quiero exasperar á nadie, porque al defender la razón tengo la conciencia de mi fuerza. ¿Que se encuentre un crimen en mi vida! ... (Un sordo murmullo recorre los bancos de la Gironda). Pido que se me envíe el primero al tribunal revolucionario, si me hallan culpable. He dado mis cuentas.—No se trata de eso, le gritan desde la derecha. Danton vuelve al testo de sus ideas. Es preciso reunir los departamentos pero no irritarlos contra París. ¿Cómo París que ha quebrantado el cetro de hierro, violaría el arca santa de la representación que le está confiada? No, París ama la revolución, París merece el abrazo de la Francia entera. El pueblo francés se salvará á si mismo, y una vez arrancada la máscara á los que fingiendo patriotismo, sirven de muralla á los aristócratas, la Francia se alzará y derribará á sus enemigos.» Esta amenazadora alusion á los girondinos, en boca de Danton, dejó entrever en un porvenir mas ó menos, remoto un nuevo se-tiembre.

A pesar de todo, ni Danton ni Robespierre meditaban la muerte de sus adversarios en la Convencion. El primero vacilaba sin decidirse, y el otro observaba silencioso, como antes del 10 de agosto, los sucesos sin mover ni contener al pueblo. Las sesiones de los Jacobinos casi desiertas desde que la lucha de los partidos se concentraba en la Convencion, oían raras veces su voz.

Sólo la víspera de la insurrección, y siendo ya segura la victoria, fué cuando Robespierre prorumpió en amenazas contra la comision de los Doce.

Su palabra confirmó á las secciones en su pensamiento aun indeciso. Los agitadores del ayuntamiento se reunieron y tomaron el nombre de club central ó de la union republicana. Decidieron hacer intimaciones á la municipalidad para que se insurreccionase, convocase la fuerza armada y cerrase las barreras de París, hasta que la Convencion hubiese hecho justicia al pueblo. Henriot, nombrado comandante general en reemplazo de Santerre, les respondia de las bayonetas. Era Henriot uno de esos hombres que se elevan sobre la hez de la sociedad cuando se remueven. Nacido en las afueras de París y entregado en su juventud á todas las profesiones sospechosas de una capital, primero criado sin probidad, despues charlatan y espía de policia, la revolucion de 1792 le abrió las puertas de Bicétre donde estaba encerrado por algunos delitos, saliendo de allí, como salen las inmundicias de un albañal, para ensuciar é infectar la poblacion. Audaz, en su actitud, pero cobarde de corazon, se ostentó en las filas de los insurgentes del 10 de agosto, saqueó despues de la victoria y degolló en las cárceles. A falta de hazañas, distinguieronle sus crímenes entre

las turbas. Arrastró mas bien que mandó al ejército de las secciones, disciplinadas por él para la anarquía.

XXX.

Esta anarquía en que se agitaban las secciones alcanzaba tambien al gobierno, de suerte que la comision de los Doce no tenia para hacerse obedecer ni la ley ni las armas. La municipalidad, verdadero gobierno de París, estaba en rebelion unas veces abierta, otras encubierta contra la Convencion. En cuanto á los ministros se atrincheraban en el círculo de sus atribuciones administrativas, esclavos complacientes de los comités cuyas órdenes recibian. El ministro de lo Interior, Garat, era el único encargado de la vigilancia de París y de la seguridad de la Convencion. Pero Garat, inútil en momentos de crisis, era uno de esos hombres que se amoldan á los acontecimientos. Amigo de los girondinos en el alma, pero procurándose captar tambien el favor eventual de Danton, de Robespierre y de la Montaña, iban siempre sus palabras y sus actos marcados con el sello de esa templanza que, dando esperanzas á los dos partidos, sacrifica en el momento crítico al mas justo por el mas feliz. Siempre hay uno de esos hombres funestos á la cabeza de los partidos que van á perecer: armas de mal temple que se rompen en la mano del que quiere usarlas.

XXXI.

Pache, en la sesion del 27, respondió de la tranquilidad de la capital y de la seguridad de la Convencion.

A consecuencia de este informe que consternó á los

girondinos, pidió Marat la supresion de la comision de los Doce como inútil, provocando á la insurreccion. «Y no solo á la comision de los Doce hago la guerra. Si la nacion entera fuese testigo de vuestras tramas liberticidas, dijo encarándose á Vergniaud y Guadet, os haria conducir al palibulo.» Algunas diputaciones de las secciones habian venido á reclamar los ciudadanos presos, pidiendo con insolencia que los miembros de la comision de los Doce fuesen enviados al tribunal revolucionario. «Ciudadanos, les respondió el presidente Isnard, la asamblea os perdona en atencion á vuestra juventud.» La Montaña irritada se levanta al oír esto. Robespierre se precipita á la tribuna donde los gritos de la mayoría ahogan su voz. «¡Sois un tirano! ¡un infame! gritaba Marat á Isnard. — Quieren degollar individualmente á todos los patriotas, añade Charlier. — ¡Los tiranos á la Abadía!» esclaman por todas partes. La Convencion dividida en dos campamentos, no habla sino por gestos, que todos parecen envolver el desafio y la muerte de hombre á hombre, de partido á partido.

La voz de Vergniaud domina por un momento el tumulto. «No mas discursos, dice: ¡obras! Vamos á votar la convocacion de las asambleas primarias; es el único remedio que nos queda en el estado en que nos hallamos. ¡La Francia sola puede salvar la Francia!»

Los girondinos á la voz de Vergniaud, se levantan y agrupan manifestando con su actitud y gritos que se adhieren á proposicion tan desesperada. Legendre y los jóvenes montañeses aceptan tambien el desafio y gritan: «¡La votacion nominal!» El presidente se dispone á ello.

Tenblando de que la votacion nominal diese la victoria á los girondinos, la Montaña y los patriotas prorumpen en imprecaciones contra Vergniaud. «¡Levantemos la sesion!» gritan los moderados. Isnard se cubre. Las voces enronquecidas por los clamores se acallan. Danton, impasible al parecer hasta entonces, se dirige á los girondi-

nos: «Os declaro, dice con una voz que recuerda el estampido del cañon del 10 de agosto, os lo declaro, tanta imprudencia comienza á cansarnos.» Estas palabras significativas, en boca del hombre de setiembre son cubiertas de aplausos por las tribunas. La Montaña pide que se inserten en el acta, no como la aclamacion de un miembro aislado, sino como el pensamiento de todo un partido. El mismo Danton lo reclama y sube á la tribuna movido por la impaciencia de su alma y por las manos de sus amigos. El silencio que Robespierre no ha podido obtener, se restablece al aspecto de Danton. Aquel no es mas que la palabra del pueblo, pero este es su brazo levantado. Todos atienden al golpe que va á dar.

«Declaro á la Convencion y á todo el pueblo francés, que si persiste en detener aberrojados á unos ciudadanos cuyo crimen es un exceso de patriotismo, que si se niega el uso de la palabra á los que quieren defenderlos, declaro, digo, que con solo cien buenos ciudadanos que haya aqui, resistiremos.—Si, si, responde una voz de la Montaña.—Declaro, añade, que la denegacion de la palabra á Robespierre, es una cobarde tirania. La comision de los Doce vuelve las armas que habeis puesto en sus manos contra los mejores ciudadanos! ¡El pueblo francés juzgará!»

Danton baja y le sucede Thuriot que llena de inactivas la accion y las palabras del presidente. «El es, dice, quien con sus respuestas incendiarias, trata de encender la guerra civil en Paris, y él quien amenaza á esta capital con la destruccion!—Presidente, gritó Lanjuinais á Isnard, no os humilleis respondiéndole.» Por ambas partes se reclama de nuevo la votacion nominal ó el juicio del pueblo. Bazire se precipita á las gradas de la escalera que conducen al sillón del presidente. Algunos girondinos lo detienen, y cubren con su cuerpo á Isnard. «Quiero arrancar de su mano, dice aquel, la señal de la guerra civil escrita en su respuesta á los peticionarios.—Y yo,

dice Bourdon de l'Oise, si el presidente tiene la audacia de proclamar la guerra civil, le asesino.» Se empieza la votacion nominal; pero es interrumpida por la acumulacion y el ruido del inmenso tropel de gente atraida á los corredores de la Convencion por la gravedad de la medida. «He querido salir en vano, declara el diputado Lidou; me han puesto la punta de un sable al pecho.»

La Montaña acusa á los girondinos de haber hecho venir alrededor del salon compañías de adictos suyos. Se interroga al comandante Raffet, y declara, que habiendo marchado de órden de sus gefes, en el momento de estar restableciendo el órden, Marat, con una pistola en la mano, se ha adelantado hácia él, y poniéndole el cañon en las sienes, ha amenazado hacer fuego sino se retiraba. «He apartado el arma y he cumplido con mi deber,» añade el oficial. Marat desmiente el hecho. El tumulto se acrecienta. Los aplausos de la Llanura vengan al comandante Raffet de los ultrages de Marat. Se le admite á los honores de la sesion. La opinion indignada, se inclina evidentemente hácia los girondinos.

XXXII.

La Asamblea se halla en uno de esos momentos de oscilacion en que solo una palabra puede mover á los grandes auditorios á tomar las medidas mas decisivas. Garat, ministro de lo Interior, entra en el salon con Pache. Todas las miradas se vuelven hácia ellos. El primero obtiene la palabra y la emplea en defender á las secciones y á los conspiradores.

Aquellas apologias y justificaciones que en favor de ellos hace Garat, irritan á la derecha, que le reconviene por discurrir en vez de ceñirse á dar cuenta. La Montaña se declara por el ministro, y Legendre se arroja sobre

Guadet con el brazo levantado; pero los amigos de éste le rodean y amparan. En la Llanura se oye gritar *al asesino*, y el presidente interrumpe por tercera vez la deliberacion con la señal de conflicto, la cual restablece el silencio. Garat acrecienta sus insinuaciones contra la comision de los Doce. «Aseguro á la Convencion, dice, que no la amenaza peligro alguno, pudiendo volver cada uno de vosotros en paz á su casa, ¡Respondo de ello con mi cabeza!»

El silencio de la consternacion sucede en los bancos de los girondinos á estas palabras del ministro que les entrega á sus enemigos. Garat baja de la tribuna entre los aplausos de la Montaña y va á sentarse en medio de los girondinos. Con esta actitud de falsa generosidad, afecta Garat participar de los peligros de sus amigos en el mismo momento en que los vende.

Danton le sucede. «Me prometo, dice con radiante aspecto, que de esta grande lucha surgirá la verdad, como del rayo nace la serenidad del aire. ¡Hay hombres, añade con acento de orgullosa amargura, mirando á Vergniaud y Guadet, hay hombres que no pueden despojarse de un resentimiento! Por lo que á mi toca, la naturaleza me ha hecho impetuoso, pero exento de odio.» Ofrece al parecer por la última vez su neutralidad á los girondinos, mas estos la rehusan.

Pache, animado por el favor que las tribunas dispensan á Garat, desarrolla con mas astucia las acusaciones contra la comision de los Doce. «Debo declarar, dijo concluyendo, que la comision de los Doce ha dado órden á tres secciones adictas, la de la Butte de los Moulins, la del Mail y la de Noventa y dos, de tener dispuestos trescientos hombres armados.»

A estas palabras estalla en las tribunas un grito de indignacion, y las diputaciones de las secciones se apiñan tumultuosas á las puertas del salon. Pache pide á la Convencion que los oiga, los girondinos quieren levantar la sesion. Fonfrede baja del sillón y Hérault de Sechelles le reemplaza. Agradable al pueblo de las tribunas por la gracia de su rostro y por su juventud, grato á la Montaña tambien por el exagerado republicanismo que afecta, esclavo de toda popularidad por su ambicion, Hérault de Sechelles se ve acogido en la presidencia por los aplausos de la sala toda. Su sola presencia es la señal de una concesion. Muchos se retiran por no ser testigos de los ultrages que van á hacerse á la representacion nacional, y los montañeses se diseminan por los bancos desiertos.

El orador, en nombre de veinte y ocho secciones de París vuelve á pedir á la Convencion que Hebert sea puesto en libertad. «Gemimos, dice, bajo el yugo de un comité déspotico, como antes gemiamos bajo un tirano. ¡Devolvednos los verdaderos republicanos! Libradnos de una comision tiránica, y que sea en esta misma sesion... —Si, si,» esclaman los miembros de la Montaña. Apenas deja Hérault de Sechelles al orador de las secciones terminar su frase.

«Ciudadanos, responde á los peticionarios, la fuerza de la razon y la del pueblo son una misma cosa. Contad con la energia nacional cuya esplosion notais en todas partes. La resistencia á la opresion es tan sagrada como el odio á los tiranos en el corazon humano. Representantes del pueblo, os prometemos justicia y os la haremos.»

Estas palabras del presidente repetidas de boca en boca, desde el pie de la tribuna hasta en los jardines y patios, anuncian al pueblo su triunfo. En algunas horas

la mayoría personificada en los tres presidentes de la sesion, se ha mudado tres veces á fuerza del impulso que el movimiento exterior ha comunicado al salon: resuelta primero é implacable en Isnard, moderada y conciliadora en Fonfrede, cómplice en fin, y sediciosa en Hérault de Sechelles. Enardecidos por esta acogida otros oradores de las secciones acrecentan su audacia é invectivas contra los Doce. «Los patriotas están aherrojados. Las escenas del 17 de julio se preparan. La republica se halla destruida. No en vano habremos jurado vivir libres ó morir. El foco de la contra-revolucion está en vuestro seno. ¿Será este palacio aun el de las Tullerías? Diputados de la Montaña, no podeis acercaros á esta sala sin andar sobre millares de cadáveres, sin ver la sangre de los patriotas que han conquistado para vosotros este palacio. ¡Teneis á vuestra disposicion cien mil brazos armados! Os pedimos la libertad de Hebert, el proceso del infame Roland y la supresion de la comision de los Doce!»

«¡Cuando se violan los derechos del hombre, responde Hérault de Sechelles, es preciso decir: la reparación ó la muerte!»

Esta provocacion á la insurreccion desde la tribuna, dada por el presidente en nombre de la mayoría, es como una orden. Lacroix convierte en decretos las peticiones de las secciones y la Convencion las vota. Enense los peticionarios á los diputados ocupando los huecos dejados por la Gironda y votan con ellos. Restitúyese la libertad á Hebert, Varlet y sus cómplices. Queda suprimida la comision de los Doce. La Convencion levanta la sesion á media noche, y el pueblo satisfecho se retira en medio de las voces de ¡Viva la Montaña! ¡Mueran los veinte y dos!